

Diferencias

El artículo inicial de la edición de fin de año de The Economist (22/12/18), aborda, una vez más, un tema que preocupa a la revista: el populismo. Como lo ha hecho antes, mete en la misma canasta a un conjunto muy heterogéneo de gobiernos, entre ellos el que preside en México, Andrés Manuel López Obrador.

México está en el elenco que desespera a The Economist por la pretensión de AMLO de enfrentar al capitalismo global para “restaurar la soberanía económica de su país”. Es de suponer que son el discurso y las medidas contra las “reformas estructurales” de Enrique Peña Nieto, en particular la energética, que no pueden ser bien vistas por un medio del apegado a Adam Smith.

Como sea, desde la óptica de los partidarios de la globalización, el esfuerzo por recuperar algo de la menguada soberanía mexicana, hace que en nuestro país se dé un rasgo populista: el sentimiento de nostalgia por el pasado. Donald Trump, por ejemplo, se propone “hacer de nuevo grande a Estados Unidos”. Xi Jinping está empeñado en un “sueño chino” que borre las humillaciones que Occidente le infligió en el pasado y recrear la “edad de oro” del imperio chino. Jaroslaw Kaczynski busca restaurar lo que supone son los viejos valores de la sociedad polaca. En fin, India o Brasil también buscan en sus respectivos pasados la respuesta nacionalista a males que suponen son derivados de la globalización y el neoliberalismo.

Desde luego, y eso hay que reconocerle a The Economist, si bien no pone a Inglaterra en la canasta populista, tampoco la salva de haber caído en la nostalgia. El “Brexit” es producto de la añoranza por la época en que Gran Bretaña era un poder global que no había abdicado de su soberanía, como sí ocurrió al entrar en la Unión Europea. En fin que la insatisfacción con el presente explica que los grupos que se ven a sí mismos como perdedores de la época...

Frente a los argumentos de The Economist, se puede sostener que el México que votó por un cambio en 2018, no se asemeja en su proyecto al EU de Trump o al Brasil de Jair Bolsonaro (tan deseoso de asociarse a Trump). En nuestro caso, quienes apoyaron el cambio mediante un voto claramente mayoritario, no intentan volver a un pasado, sino a encontrar ahí inspiración para ganar un futuro inédito pero que se quiere sea mejor.

Es cierto que el logo del nuevo gobierno mexicano está formado por los rostros históricos de Hidalgo, Morelos, Juárez, Madero y Cárdenas, pero eso no significa que se quiera que la actual república laica sea sustituida por otra donde una iglesia vuelva a estar en el centro de la sociedad, como era la intención de Hidalgo y Morelos. De ellos se rescata su valor y su lucha por la independencia y, en el caso de Morelos, por una sociedad menos desigual. De Juárez, su lucha contra los franceses y un emperador austriaco, pero no su dureza contra las formas de propiedad colectiva de los pueblos. De Madero se aquilata su valor para enfrentar

a la dictadura porfiriana, pero no su obstinada negativa a reconocer el peligro que representaban los intereses creados del antiguo régimen. Del general Cárdenas se admira su entereza y sagacidad para aprovechar las contradicciones del sistema internacional y llevar con éxito la nacionalización del petróleo, así como su esfuerzo por saldar la deuda histórica con los campesinos vía la reforma agraria, pero no el lado corporativo de su política, que terminó por servir al autoritarismo priista y socavar los intereses de los grupos populares a los que se pretendió favorecer.

En buena medida, el carácter de los movimientos que surgieron como reacción a los efectos económicos y sociales del neoliberalismo y que han llegado al poder, es básicamente de derecha. El más significativo es el encabezado por Trump en Estados Unidos, y éste es un fenómeno muy distinto del mexicano.

En un artículo de Katherine Stewart (The New York Times, 31/12/18), se alerta sobre lo radical que puede ser el uso del pasado por parte de la derecha. Según Stewart, los grupos “cristiano-nacionalista” norteamericanos han recurrido como inspiración al rey de los persas, Ciro El Grande (600-530 a.C), conquistador de Babilonia y que en la Biblia se predice su aparición para liberar a los judíos de la esclavitud a la que eran sometidos (Isaías 44:28 y 45:1). Pues bien, para estos cristiano-nacionalistas, Trump es la reencarnación de Ciro y debe ser visto como enviado por Dios para liberar a EU de su decadencia actual. Y así, entre más autoritario y destructor del “Estado profundo” se muestre Trump, más se reafirma esta creencia.

La reacción mexicana contra ciertos efectos del neoliberalismo, es muy distinta a la norteamericana, brasileña o polaca. La inconformidad mexicana proviene del deseo de liberarse de la corrupción, el autoritarismo, la inseguridad y la desigualdad extrema, pero sin buscar el futuro con una carta de navegación que nos regrese al pasado. El camino mexicano se propone metas realistas y relativamente modestas; corregir los innegables excesos del viejo régimen, pero sin pretender la restauración de ninguna “edad de oro”.

ARTICULO DE LORENZO MEYER. Diciembre 23 del 2018

El núcleo del proyecto

El presupuesto que elabora un gobierno puede ser un buen indicador de la naturaleza no sólo de una administración, sino del régimen: de sus valores, compromisos y, finalmente de su utopía. Especialmente si se trata del primero, del que busca el contraste con el pasado. Es así como debe de verse y descifrarse el documento que el doctor Carlos Urzúa, secretario de Hacienda, presentó al congreso en nombre de Andrés Manuel López Obrador (AMLO), el 15 de diciembre.

En 1967, James W. Wilkie publicó un libro que buscó someter el discurso de la Revolución Mexicana a la prueba de las grandes cifras, las de los presupuestos del gobierno central. En *The Mexican Revolution: Federal Expenditure and Social Change* (U. de California), queda claro que el presupuesto federal siempre ha sido

muy superior al del conjunto de los estados (proporción de 3 a 1), y que la diferencia entre el gasto planeado y lo que efectivamente se ejerció puede ser notable, ya fuera por gastarse menos de lo calculado —en el aún turbulento 1919, Carranza apenas pudo ejercer 29% de lo que se había planteado—, o mucho más; en 1960 López Mateos pudo gastar ¡96% más de lo que había propuesto! Obviamente, el déficit siempre fue el problema que es hoy (pp. 22-23). Sin embargo, lo más importante de este trabajo no son las discrepancias sino la evolución en la naturaleza de los presupuestos desde el elaborado por Benito Juárez en 1869, pasando por los últimos de Porfirio Díaz (1900 a 1911) hasta llegar a Adolfo López Mateos, el último en la versión original.

Wilkie dividió en tres grandes rubros lógicos el gasto público: administrativo, económico y social. Con Juárez, el gasto en la administración, que incluye al ejército, consumió el 93.4% del presupuesto en tanto que al social —básicamente educación— apenas dirigió el 1.6% (p. 32). Con Porfirio Díaz, el mantenimiento del aparato administrativo siguió consumiendo el grueso de los recursos (77.4%), pero el gasto económico se triplicó (16%). Al concluir la etapa violenta de la Revolución, el perfil del egreso se modificó sustancialmente...

En nuestra historia, lo administrativo consumió menos de la mitad del dinero público (44.1%); el gasto económico dio un gran salto (37.6%), seguido del social (18.3%). Con Miguel Alemán y Adolfo Ruiz Cortines, la prioridad fue la inversión productiva (más del 50%) a costa del gasto puramente administrativo (p. 32). En una nueva edición de su libro (Fondo de Cultura, 1978), Wilkie mostró que el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz siguió los mismos lineamientos que su antecesor, pero que Luis Echeverría y José López Portillo decidieron aumentar el gasto en proyectos económicos. Al final, la gran crisis económica acabó con el modelo y de sus escombros surgió el neoliberalismo.

Es importante tener en cuenta que antes de la crisis del 82, el gasto público en México llegó a ser superior al 40% del PIB; el actual apenas ronda el 28%, cifra baja si se le compara con países de la OCDE, que supera el 40%. Como sea, equivale a la cuarta parte de la economía.

AMLO se propone un cambio de fondo respecto de la naturaleza del ejercicio del poder presupuestal, como lo fue el cardenismo. El gasto público no le da para lo que desearía continuar o innovar. Para empezar, una limitación notable no es sólo lo relativamente magro del presupuesto sino el peso de la deuda pública heredada, pues el pago de intereses y amortizaciones consumirá casi el 20% del presupuesto de los próximos años (*La Jornada*, 21/10/18)

Como sea, de los recursos disponibles, el gasto principal se va a dar en el ramo de la energía, en resucitar a PEMEX y a la CFE. Ahí el aumento es espectacular ¡1030%! El siguiente salto notable es el de la Secretaría del Trabajo, con un incremento del ¡1028%! En Turismo, con el tren maya, el aumento de recursos equivale al 136%. Dentro de la clasificación de Wilkie, energía y turismo son rubros netamente económicos, pero el de la Secretaría del Trabajo es una mezcla de gasto

económico y social, pues entre sus tareas está integrar a 2.6 millones de jóvenes al trabajo en empresas privadas, sector público y universidades como una medida que los aleje de las filas del crimen organizado. En las secretarías con otras tareas sociales –Bienestar, Sedatu, Sep, Salud—también hay aumentos, aunque modestos. En contraste, aquellas dependencias con tareas básicamente administrativas, como Presidencia, Relaciones Exteriores, Gobernación, Hacienda, Economía, las fiscalías y otras, experimentarán recortes. Una excepción muy significativa es la Sedena, que propone un aumento del 16% para recuperar la seguridad.

(https://www.finanzaspublicas.hacienda.gob.mx/es/finanzas_publicas/paquet....pre-supuesto)

La naturaleza del cambio político en México no se resume en el presupuesto, pero éste sigue siendo un buen indicador del proyecto que se está poniendo en marcha. Y en ese proyecto, que aún debe pasar la batalla de la aprobación, lo administrativo ha perdido relevancia a favor de lo económico-público y lo social. En principio, ese es el arranque y esa es la meta de la IV Transformación. Y ¡hasta el año entrante!